



ANAI LUIS BERASATEGI MENDIZABAL

Olaberria (10.11.1933) – Irún (23.04.2021)

Textos de la liturgia de la Palabra:

1 Cor 2, 1-10 / Sal 118, 99-100. 101-102. 103-104 / Mt 5, 13-16

*“Brille así vuestra luz ante los hombres,
para que vean vuestras buenas obras
y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo”.*

(Mateo 5, 16)

Nuestro Hermano Luis nos ha dejado en este tiempo de Pascua, en el que celebramos nuestra incorporación, en Cristo Jesús, a una vida nueva. Dejemos resonar en nuestro interior las palabras del Resucitado: *¡No tengáis miedo!* Hasta la misma naturaleza, en su primavera, nos recuerda que la vida puede más que la muerte; celebremos que en Cristo hemos muerto a nuestra vieja condición, siendo liberados para la vida nueva.

Como nos ha dicho Pablo, el misterio de Dios no se manifiesta a través de la elocuencia o la sabiduría del mundo, sino desde la debilidad, en lo escondido; ahí es donde se esconde la sabiduría divina, que el Espíritu nos descubre llevándonos por los caminos que Dios ha preparado para los que lo aman.

Sin duda que, en el caminar de nuestro Hermano por esta vida, la escucha atenta y diaria de la Palabra, la confianza en las promesas de Dios y la fidelidad a sus preceptos han iluminado sus pasos, como el Salmo nos sugería. La fe ha sido su lámpara en el encuentro y en la soledad, en la alegría y en la tristeza, en el trabajo y en la fiesta... La fe ha sido “la sal” que ha dado sabor auténtico a su vida y “la luz” que le ha guiado en su saber hacer; Y gracias a esa fe él mismo se ha hecho “sal y luz” que, sobre todo con sus gestos, nos ha ido transmitiendo hasta el último momento.

Jesús no espera de sus seguidores que vivan pensando siempre en sus intereses, su prestigio o su poder, ellos han de ser la “sal” que necesita la tierra y la “luz” que le hace falta al mundo. Y Luis, disolviéndose en su entrega, ha sabido ser sal para que muchos saboreasen la vida, adentrándose en el conocimiento de su verdadero sentido y valores; Luis, dejándose consumir en el servicio, ha contribuido a mantener viva la luz de la estrella lasaliana, que a tantos ha ayudado a orientarse en la vida y caminar con esperanza.

En nuestro Hermano, valoramos y agradecemos ahora lo extraordinario de lo sencillo repetido cotidianamente, lo excepcional de poner todo nuestro ser al servicio de los demás, esa sabiduría profunda que no necesita de grandes títulos ni, en estos momentos, de grandes discursos.

La Regla (40.1 y 40.2) nos dice: “En el espíritu de las Bienaventuranzas, los Hermanos consideran todo lo que son y poseen como dones para compartir. En su trabajo, mantienen un espíritu de gratuidad... En su modo de vida personal y comunitaria, prefieren la sencillez... manifiestan su solidaridad fraterna... En espíritu de asociación, cada uno se siente personalmente

responsable de los bienes comunes... Cada Hermano pone libremente sus talentos y sus capacidades al servicio de los otros. Seguidor fiel de Jesús, Luis, como buen lasaliano, ha sido capaz de vivir y transformar la vida desde el espíritu de las bienaventuranzas y su luz ha brillado entre muchos, que han-hemos visto sus buenas obras, en procura de la gloria de Dios.

Nuestro Hermano nació en el caserío Aranguren Txiki, en Olaberria, el 10 de noviembre de 1932, de José y Bernardina, que formaron una familia de 9 hermanos y hermanas. Acudió al Colegio San Martín de Loinaz, en Beasain, dirigido por los Hermanos. A sus casi 14 años vino a esta casa con el propósito de hacerse Hermano, seguramente animado por el H. Nicolás Zufiría; siete años más tarde nuestro querido y recordado Nicolás, su hermano, seguiría sus pasos, sin duda estimulado por los ejemplos y testimonio de su hermano mayor, Luis.

A Salle Enea han estado vinculados los momentos esenciales de la vida de Luis: aquí realizó toda su formación inicial, aquí emitió tanto su primera consagración religiosa como sus votos perpetuos, ya en 1957. Toda su vida religiosa ha transcurrido prácticamente en Salle Enea, salvo unas estancias breves en San Asensio (3 años), al servicio del alumnado en Donostia (5 años) y unos meses haciendo el CEL en Pozuelo de Alarcón; aquí en Su Casa, en Gure Etxea, ha devuelto su vida al Señor.

Una vida que estuvo dedicada en gran parte, como la de tantos otros Hermanos recordados con cariño, a los trabajos indispensables para que las Casas de Formación, las Comunidades y las Obras pudiesen funcionar tan bien como lo han hecho: cultivo de la tierra, arreglos y mantenimientos, transporte de mercancías, conductor siempre disponible... siempre pendiente de lo que pudiera ser necesario. Era una de las personas con las que uno se encontraba primero al llegar a Salle-Enea, ocupado en una u otra actividad. Esa ha sido su misión apostólica, vivida siempre con empeño, esfuerzo y disponibilidad, en generosa dedicación al servicio de los otros, especialmente de las vocaciones lasalianas en formación.

Desde su traslado al Hospital, hace algo más de un mes, sabíamos de su situación delicada y crítica. Contento de volver a esta su Casa, hace una semana, y reencontrarse con los suyos, sin sufrimiento, se ha apagado su luz para brillar en la del Padre. Gracias, de modo especial, a todas las personas que, con cariño y dedicación, le habéis atendido y acompañado durante estos últimos momentos de su vida entre nosotros.

Nuestro Hermano se apuntó desde siempre a la lista de los de su vida hacen servicio, entrega y donación; no buscando puestos de preferencia sino lugares donde servir más y mejor a sus Hermanos. Por eso, al celebrar ahora su paso a la vida plena, estamos celebrando la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que hace que lo sencillo y débil triunfen. Nuestro Hermano ha puesto generosamente al servicio de la misión común su tiempo, sus talentos y sus fuerzas, también sus sufrimientos, participando activamente en la obra de Dios.

Hermano Luis,
dichoso tú que has muerto en el Señor,
descansa de tus fatigas, en los brazos de Dios,
porque tus obras te acompañan.

Milesker, Luis, eta Egun Handira arte!

EL HOMBRE NUEVO DE LA RESURRECCIÓN

El hombre nuevo de la Resurrección
no quiere ser servido,
sino servir.

El hombre nuevo de la Resurrección
no quiere acaparar,
sino compartir.

El hombre nuevo de la Resurrección
no quiere prevalecer,
sino unir.

El hombre nuevo de la Resurrección
no vive para sí,
sino para los demás.

El hombre nuevo de la Resurrección
no siembra discordia,
sino paz.

El hombre nuevo de la Resurrección
no anuncia catástrofes,
sino que cree en la utopía.

El hombre nuevo de la Resurrección
no se fía de sí,
sino de Dios.

